

ARNALDO ORFILA REYNAL

## EVOLUCIÓN Y CRISIS DE LA POLÍTICA ARGENTINA \*

ANTE LA PERSPECTIVA de tener que exponer el proceso de la política de un país tan extraño a este medio como es la Argentina, entiendo que debemos examinar en sus grandes líneas el proceso de la creación, organización y distribución de la riqueza y de la acomodación demográfica sobre el inmenso territorio, pues que son esos los factores que han ido definiendo el desarrollo social y el proceso político del país en los siglos de su existencia. A veces la enumeración de acontecimientos puede resultar fatigosa, pero pensamos que son ellos los hilos que nos van señalando el camino por el que el país ha ido recorriendo su historia, para desembocar en un presente cuya fisonomía es oscura y contradictoria.

País campo, se ha dicho de Argentina: 2 800 000 kilómetros cuadrados, surcado por ríos de los más extensos y caudalosos; clima benigno, con precipitaciones pluviales suficientes para ayudar al fruto de una tierra feraz, en buena proporción. Es natural que hay zonas desérticas y montañosas; que existe el amplio territorio de la Patagonia casi inexplorado; que la riqueza minera está en producción parcial y que el enorme litoral marino —de 2 500 kilómetros— no es aprovechado como no lo es sino en pequeña escala, en casi todas las costas continentales.

El gran triángulo que es el territorio del país tiene 3 700 Km. en su eje longitudinal y 1 700 en el transversal mayor. Ofrece una geografía muy uniforme en la zona central, en la que se ha desarrollado el máximo de su riqueza en virtud de las condiciones de su tierra y de su clima: las provincias del litoral con Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe, sobre los tres ríos; el Plata, el Paraná y el Uruguay, y la provincia de Córdoba en el

\* Conferencia sustentada en los Cursos de Invierno de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la U.N.A.M., los días 10 y 12 de febrero de 1960.

centro. Sobre el límite occidental, los Andes separando y uniendo a Chile, y en sus laderas orientales provincias ricas y pobres, aunque fértiles algunas —como Mendoza— y con riquezas minerales las otras. Al N. E., en vecindad con el Brasil y Paraguay, la selva chaqueña y misionera con grandes riquezas forestales.

Sobre esa tierra enorme, al promediar el siglo xvi los conquistadores buscaban lo que era para la Metrópoli el atractivo del Nuevo Mundo: el mineral rico y abundante. La meta era la *Sierra de la Plata*, confundida, seguramente, con el Potosí; y cuando llega Solís primero y descubre el enorme río, —llamado después “de la Plata”— como cuando se acerca Pedro de Mendoza en 1536, es porque van en busca del mineral codiciado.

No hallaron pues, ni la riqueza, ni la cultura, ni la población que en la Nueva España o en el Perú o Potosí habían hallado conquistadores más felices. Sobre el enorme territorio vivía una población indígena de aproximadamente 300 000 habitantes, de cultura muy elemental en el litoral y en grupos más desarrollados, como los diaguitas, en el N. O., en contacto con los aymaras en el norte y en Bolivia.

“Tierra pobre y de pocos indios” informaban a su rey los primeros conquistadores. Y sobre esa tierra virgen y en lucha con esa población indígena, unos pocos navegantes fundan con Mendoza en 1536 la ciudad de Buenos Aires, que es destruida y que por segunda vez es fundada en 1580 por Dn. Juan de Garay, con un escaso grupo de 60 individuos.

La tierra no era pobre pero había que trabajarla y los pocos brazos disponibles no lo permitían. Por ello el proceso se cumple en la línea que había de ser la determinante del desarrollo económico de aquel país: la riqueza ganadera que fue la reemplazante de aquellas soñadas minas de plata y oro, que no aparecieron. Y para explicarnos ese proceso será bueno mencionar a los actores por orden de aparición en la escena: los primeros, aquellos 44 yeguarizos que abandonó Mendoza en los campos en 1536 y que medio siglo después encontrará Garay convertidos en 80 000 cabezas base de las grandes tropas de ganado cimarrón que serán utilizadas como arma y herramienta por el conquistador y por el indio.

En segundo término hace su entrada triunfal el que se ha señalado —desde Sarmiento— como protagonista principal de la historia argentina: el ganado vacuno. Humildemente se inicia en nuestras tierras con aquella noble familia de origen andaluz integrada por 7 vacas y un toro, que según las crónicas llegan en 1553. Y, haciéndoles compañía, debe recordarse el puñado de ovejas y cabras que unos años antes vinieron desde el Perú hasta el litoral.

Con estos personajes comienza el desarrollo del drama. "El ganado en pie, escribe Martínez Estrada —que constituyó la base de nuestras grandes fortunas— fue el tendón de las guerras civiles, el esqueleto de la nación y la piedra de escándalo de los gobiernos. Debajo y dentro de su cuero vivió."<sup>1</sup>

Los ganados aumentan sobre el terreno enorme, pero la población es escasa. Un siglo después de la fundación de Buenos Aires, se calculan 500 000 indios y 3 000 blancos entre extranjeros y nativos. El crecimiento demográfico es lento: aun por los años de la Independencia, al comenzar el siglo XIX, desciende el número de indios a 200 000, los negros y mulatos —gracias al Africa proveedora de esclavos— aumentan a 80 000; los mestizos son 420 000 y los blancos, entre extranjeros y nativos, no llegan a 10 000. La ciudad de Buenos Aires, no alcanza en 1810, a los 50 000 habitantes.

Ya desde los primeros días de la colonia se percibiría que este proceso cumplido en lo que fue después el Virreynato del Río de la Plata iba a tener las características que imponía la naturaleza: proceso de desarrollo horizontal, sobre un país fértil, poblado de ganado y sin hombres. Por ello se ha repetido que el proceso económico argentino hay que rastrearlo entre la propiedad de la tierra y la cría del ganado.

Las mercedes reales, que adjudicaban la tierra de nadie a los primeros pobladores, habían reconocido en 1580 a 26 propietarios fundiarios que 200 años después llegan a ser sólo 186. Todo el resto de la población eran los desposeídos. Por esos años, la totalidad del ganado en el Virreynato, lo calculaba Azara en 48 millones de cabezas, cifra no escasa si sabemos que en los últimos censos ganaderos, esa cifra ha sido tan sólo duplicada.

Las primeras luchas se plantearon frente a la posesión de esos dos bienes: aducían su derecho a la propiedad fundiaria, a) los herederos de los conquistadores; b) los fundadores de las ciudades y c) los con *derecho* de *vaquerías*, que emanaban de autorizaciones reales, o de cabildos o gobernadores, para cazar ganado cimarrón en los campos vecinos a cada ciudad.

Los cabildos determinaban pues, quiénes eran los que tenían derecho a la propiedad y fueron esas pocas docenas de familias —se decían herederos de los fundadores de Buenos Aires— los que formaron el núcleo de propietarios, llamados primeramente *accioneros* y que constituyeron la matriz de la clase poseedora argentina. A fines del XVII se llamaron hacendados y en XVIII estancieros y criadores, que se consolidaron cuando el ganado mon-

<sup>1</sup> Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, Editorial Babel, Buenos Aires, 1933.

taraz había ido extinguiéndose gracias a la cría de ganado “alzado”, que se amansaba y marcaba en los ya grandes establecimientos ganaderos.

Fue esa la “edad del cuero” que llamó Sarmiento, en la que la fuente mayor de riqueza residía en la posibilidad de vender cueros, sebo, cerda, a los barcos de registro que venían a la Península Ibérica.

Con el apoderamiento de los bienes de dominio público —la tierra y el ganado salvaje— se constituyen los latifundios y la clase ganadera, cuya expansión económica determinaron el proceso social y político del país.

En 1776, el Gobernador de Buenos Aires dicta un bando estableciendo que se considerará estanciero “a quien reuniera la condición indivisible de dueño de ganado y propietario de un mínimo de 2 000 hectáreas de tierra.”<sup>2</sup>

En cambio y al mismo tiempo se declara la necesidad de perseguir a los desposeídos: se autoriza a los propietarios en 1790 a que sean “árbitros de su propia felicidad” y a que fuesen los policías de la pampa para “purgarla de todo cuanto los incomode.” Con esto se entendía perseguir particularmente al que resultaba vagabundo por no ser estanciero: el gaucho, llamado vago o malviviente, unido a los negros y mulatos libres a los que se les debía compeler al trabajo forzoso. Arrojado a los campos, sin medios de subsistencia, sin un palmo de tierra en donde levantar su casa en medio del territorio enorme y desierto, el gaucho se unió al indio perseguido y cumplió su vida nómada y miserable.

Robaba a quienes le habían robado y fue el perseguido que pudo formar las huestes de los caudillos que se levantaron en Buenos Aires o en provincias para dominar a los de la ciudad, en la que vivían las minorías poseedoras. Las leyes los perseguían: en 1759 se dictan bandos que proponen “que se le marque en la espalda al delincuente primario, en la mano al reincidente y la horca al contumaz.”

Los hacendados van poco a poco participando en la cosa pública y toman cierta conciencia de su fuerza. Aspiran a la libertad de comercio con Gran Bretaña y pugnan por obtener mejor trato de la metrópoli. “Buenos Aires había nacido —dice el historiador V. F. López— con los apetitos y las necesidades de la rebelión y la libertad, que son siempre producto del comercio y de las exigencias económicas.”

En 1794 se formula la primera Representación de los Hacendados al Gobierno de España en la que se hace exposición teórica del problema eco-

<sup>2</sup> Sigo en estas referencias la excelente síntesis de Julio V. González: *Historia Argentina*. Tomo 1. Época Colonial. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1957.

nómico de la colonia en base a las nuevas doctrinas de la Economía Política y de las ideas que en Europa circulaban a poco de producida la Revolución de 1789.

Esta Representación se señala como un testimonio de esa naciente burguesía argentina liberal que 15 años después, en 1809, presentaría con la pluma de Mariano Moreno, la 2a. Representación que anticipará el proceso político de la Revolución de 1810. Por ello Alberdi afirmará que ésta “fue una lucha por la aduana de Buenos Aires”, aunque con ella se lograra la independencia política del país.

Sobre las ideas seguramente muy precisas de un liberalismo político y económico, los hombres de la Revolución lejos de encontrar caminos para resolver el conflicto ya presente entre los grandes poseedores de tierras y los desposeídos que iban formando los grupos rebeldes de los campos, estimularon la formación de las estructuras económicas que echarían las bases del desarrollo capitalista del país.

El Cabildo de Montevideo propuso en 1814 que se distribuyeran tierras “entre padres de familia pobres, de los inmensos terrenos aglomerados sin títulos y completamente incultos en manos de algunos acaparadores.” Pero los hacendados de Buenos Aires no escucharon el consejo y prefirieron seguir estimulando el desarrollo de sus grupos lanzando a la pobreza a las mayorías.

Fue entonces, seguramente, que encontró mejor apoyo la organización de la injusticia en un momento en el que pudo haberse iniciado un cambio fundamental que diera nuevos rumbos a la vida social de un pueblo que se iba formando miserablemente en medio de un mundo naturalmente rico.

Muy poco después de producida la Revolución de 1810, surge la lucha entre el gobierno de Buenos Aires y los caudillos de provincias que se sostenían en el gauchaje para plantear una solución federalista —aunque más no fuese en la palabra— frente a la concepción unitaria y centralista de Buenos Aires que pugnaba por el dominio total de su aduana sobre todo el Virreynato. Los caudillos que levantaron las poblaciones de los campos —Artigas, Ramírez, López, Quiroga— fueron los que iniciaron la lucha contra la burguesía porteña.

Aparece luego Rosas, ganadero rico de la Provincia de Buenos Aires, con grandes condiciones de caudillo y precursor de los fascismos más modernos. No fue sólo un dictador cruel y sangriento: obtuvo el dominio de las masas cumpliendo cierto tipo de protección sobre los hombres del campo, entre los que repartió algunas tierras que le aumentaron el prestigio,

yá muy grande cuando obtuvo el poder de la Provincia de Buenos Aires en 1835.

No es del caso detenerse en esas etapas del desarrollo histórico de Argentina, pero conviene señalar ese proceso que es antecedente del futuro del país. La acción de los caudillos —que en definitiva son dominados por Rosas que puede imponer su voluntad omnímoda sobre la Confederación— alcanzaba un carácter más popular que la que podrían entender y realizar los grupos cultos de Buenos Aires. Las ideas de Rousseau o Condillac, de Saint-Simon o Fourier, de los Enciclopedistas o los revolucionarios del 89, no fueron suficientes para orientar la acción que deberían haber cumplido los dirigentes para dominar la confusa realidad de un país en el que desde los albores se percibió el proceso social provocado por la desigualdad.

En 1837, ya escribe Esteban Echeverría, al regreso de una estadía de varios años en Francia, su *Dogma Socialista*, preciso y avanzado documento en el que da las líneas sobre las cuales pensaba él y su grupo del *Salón Literario*, que podría orientarse la política de la nación. Intentaba, con gran visión de estadista, provocar la conciliación de los grupos antagónicos que habían actuado en el cuarto de siglo de vida independiente y, sobre todo, de los unitarios y federales, con cuya pugna se ensangrentó el país por otro cuarto de siglo. Decía Echeverría en ese documento: “La Revolución de Mayo se dividió al nacer y ha continuado dividida hasta los actuales días: armada de sus dos manos, como la Revolución Francesa, con una de ellas ha llevado adelante la conquista de la libertad, en tanto que con otra no ha cesado de despedazar su propio seno. Doble lucha de anarquía y de independencia, de gloria y de amargura que ha hecho a la vez feliz y desgraciado al país, que ha ilustrado y empañado nuestra revolución, nuestros hombres y nuestras cosas.” “La democracia es el régimen de la libertad fundado sobre la igualdad de clases.”

En ese planteamiento la generación del 37, como se le llamó, iniciaba una nueva política de acercamiento nacional. Poco pudieron hacer. Por el año 40, la dictadura se convirtió en tiranía y los grupos disidentes deben salir del país para no perecer. Fue la brillante generación de los proscritos, que integran hombres de la talla de Sarmiento y Alberdi, Echeverría y Mitre, Varela y Mármol, y muchos más que desde Chile o Montevideo lucharán contra la tiranía con la pluma o la conspiración. Algunos de ellos, como Alberdi, habían entendido el fenómeno Rosas, cuando reconocían que era un “representante que descansa sobre la buena fe, sobre el corazón del pueblo.”

En la alternativa que planteaba Sarmiento —civilización o barbarie—

era indudable que los menos estaban con lo que el grupo ilustrado entendía por civilización. Hasta pasado el medio siglo, impera con el terror y la astucia el gobierno de Rosas. Al amparo de proclamas federalistas, populares, justicialistas se diría en el siglo xx, encubría su gobierno de personalismo terrible y destructor, pero en 1851 el que había sido su partidario y Gobernador de la Provincia de Entre Ríos, don Justo José de Urquiza, se levanta al frente de un ejército que tuvo como una de sus mayores glorias la de traer a Sarmiento como cronista de sus andanzas. El 3 de febrero de 1852, tras varios meses de lucha, es derrotado Rosas en Caseros, a las puertas de Buenos Aires y huye a Inglaterra a donde muere algunos años después.

Fundada en las *Bases* que escribiera Alberdi, se dicta un año después una Constitución que intentó dar estructura técnica al país y, que recogió varios antecedentes constitucionales propios, pero inspirándose en buena parte en la Constitución de los Estados Unidos aunque adaptada a lo que se creyó era la realidad nacional. Ya se ha dicho que el pecado mayor de esa brillante generación de los proscriptos, que fueron en buena parte constituyentes del 53, era el de querer dominar una realidad que ignoraban por completo.

Don Alejandro Korn —el maestro de nuestra generación, el filósofo de la libertad— al preocuparse por definir una posición argentina y americana frente a lo que consideraba la falta de orientación filosófica que marcará el rumbo del siglo actual, reproduce la respuesta que Alberdi cien años antes se daba ante la misma pregunta:

“¿Cuáles son los problemas que América está llamada a establecer y resolver en estos momentos?, decía.

“Son los de la libertad, de los derechos y goces sociales del que el hombre puede disfrutar en el más alto grado en el orden social y político; son los de la organización pública más adecuada a las exigencias y la naturaleza perfectible del hombre en el suelo americano. De aquí es que la filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en su método, positiva y realista en sus procedimientos, republicana en su espíritu y destino. Nos importa, ante todo, darnos cuenta de las primeras condiciones necesarias a la formación de una filosofía nacional. Pero no se puede llegar a esto sino por el medio que hemos indicado, es decir, averiguando dónde está el país

y a dónde va, y examinando para descubrirlo hacia dónde va el mundo y lo que puede el país en el destino de la humanidad".<sup>3</sup>

El país enorme seguía siendo pequeño en población: apenas 300 000 habitantes sobrevivían a la tiranía y entre los que se calcula un 15% de indios y otro 15% de negros y mulatos para un 1% de extranjeros y 20% de blancos nativos; los 2/3 restantes eran mestizos. Con ese pequeño conglomerado humano se inicia la etapa de la organización nacional.

En *Facundo*, Sarmiento ya había definido y estudiado la estructura social de la Argentina y a su retorno al país luchó hasta la muerte por superar la antinomia que encontraba entre la ciudad, siglo XIX, decía, y el campo, en pleno siglo XII.

Pronto rompe su solidaridad con el vencedor Urquiza y se lanza por su cuenta a la lucha con la pluma, para imponer su concepto de la organización del país. Mitre se opone también a Urquiza y son esos los años en que se va perfilando una vida política que alcanza continuidad hasta nuestros días, dentro de un juego confuso y contradictorio.

"Dos tradiciones parecían hallarse en lucha en todo el proceso histórico desarrollado desde la revolución: la hispano-criolla, heredada y conservada con vigor por las masas rurales y los grupos conservadores y la europea —francesa principalmente— adoptada con ciega adhesión por las minorías ilustradas", dice José Luis Romero y anota esta frase de Echeverría: "Los brazos de la España no nos oprimen, pero sus tradiciones nos abruman."<sup>4</sup>

Sarmiento ya había esbozado en *Facundo* el camino para el dominio de la barbarie, según él decía: poblar los campos con inmigrantes. A esta fórmula se adhería Alberdi —su opositor en muchas tesis sobre la organización del país— y que sintetizó en la definición orientadora de la política oficial durante más de medio siglo: "gobernar es poblar." Y escribiría en las *Bases*: "¿cuál es la Constitución que mejor conviene al desierto? La que sirve para hacerlo desaparecer... luego, éste debe ser el fin político y no puede ser otro, de la Constitución argentina."

Y esos conceptos se integraban con la exposición de Echeverría con que había sintetizado la opinión de toda una generación: "La emancipación social americana —escribía— sólo podrá conseguirse repudiando la heren-

<sup>3</sup> ALEJANDRO KORN. Una posición argentina. OBRAS, vol. II, Universidad Nal. de La Plata, 1939.

<sup>4</sup> JOSÉ LUIS ROMERO. *Las ideas políticas en Argentina*. Fondo de Cultura Económica, 2a. edición, México-Buenos Aires, 1956.



cia que nos dejó España y concretando toda la acción de nuestras facultades al fin de constituir la sociabilidad americana.”

Luchas internas continúan durante una década, particularmente entre Buenos Aires —capital, provincia y aduana general— y el resto de la nación. Pero tras el período caótico, en octubre de 1862, Bartolomé Mitre ocupa la presidencia del país desde la que asignará a la política argentina un nuevo estilo y una mayor dignidad.

Fueron tres grandes presidencias las que se sucedieron entre el 62 y el 80: Mitre, Sarmiento y Avellaneda. Los tres hombres pertenecientes al *Partido liberal*; de principios y con hondas calidades morales, progresistas, cumplieron el programa que se habían impuesto desde los años de la proscripción: ordenamiento institucional, progreso económico obtenido con el dominio del desierto por la inmigración y educación pública para lograr la consolidación espiritual de un pueblo en formación.

Ya el primer censo de 1869, en la Presidencia de Sarmiento, acusó el crecimiento demográfico del país: 1 800 000 habitantes con 10% de extranjeros, 130 000 negros y mulatos, 80 000 indios y 140 000 blancos nativos; el 70% restante de mestizos.

Es extraordinaria la obra de esos tres gobiernos en el campo institucional y en el de la educación pública en todos sus grados. Sarmiento realiza una labor ciclópea para imponer la escuela popular, las escuelas técnicas, la organización universitaria. En esos 18 años el país logra penetrar el desierto con el ferrocarril y el telégrafo, con el perfeccionamiento de las industrias ganaderas y agrícolas, que se cumple con la incorporación de parte de las masas de campesinos inmigrantes, la fundación de ciudades y puertos y el aumento del comercio internacional.

Políticamente el partido *Liberal*, que se opuso al *Federal* de Urquiza que defendería la acción personalista heredada del rosismo, se dividió después de 1865, en “autonomistas” y “nacionales.” Los primeros, recogieron la herencia de los federales, con mayor influencia en las provincias y que siempre habían de ver con recelo y hostilidad la fuerza y la riqueza de Buenos Aires.

Avellaneda y su sucesor Roca en 1880, eran hombres de las provincias, ambos tucumanos, mantuvieron en el poder a la oligarquía conservadora, sostenida por el predominio de la fuerza, el fraude y los negocios. La norma de Roca se expresaba en el lema: “paz y administración”, coincidente con el lema porfirista de “más administración y menos política.”

Ya el país comenzaba a tener fisonomía diferente. El general Roca entendió perfeccionar su obra civilizadora al matar los pocos indios que

quedaban, en lo que se llamó la “heroica campaña del desierto.” Esto fue un mecanismo de estricto orden económico, pues con esa lucha armada corrieron los límites de las zonas pobladas hacia tierras feraces y de extraordinarias condiciones para extender la explotación agrícola-ganadera sobre tierras que robaban al común del pueblo y se distribuía abundantemente entre los privilegiados de los grupos gobernantes.

Comienza el desarrollo dentro de normas más perfectas y adecuadas a la expansión capitalista. Ya se radican capitales extranjeros, se entregan concesiones a los consorcios ingleses que tienden sus líneas ferroviarias sobre el territorio de manera de favorecer el usufructo de los puertos de Buenos Aires y Rosario, principalmente. La zona rica queda la más pobre: el N. y el N.O. en donde seguramente yacen riquezas minerales aún hoy inexploradas; la Patagonia, la zona de la pampa.

Pero el proceso inmigratorio sigue avanzando poderosamente: en la Presidencia de Roca —1880-86— entra aproximadamente medio millón de italianos y españoles en su mayor parte y la configuración demográfica, social y económica del país cambia también poderosamente. El 2º censo de 1895 acusa una población que excede los 4 millones, o sea que se duplica la del primer censo. De ellos, un millón eran extranjeros, 60 000 indios, 200 000 mulatos, 1 400 000 de argentinos blancos y 1 400 000 de mestizos. Es decir, la composición étnica del país, ha cambiado totalmente y por ende la estructura social de la población.

Es este momento en el que comienza a perfilarse el mundo político con nuevas características. Ese aluvión inmigratorio transforma las características sociales, las formas de vida y los ideales del país encerrado en sí mismo durante la “era criolla” —como la llama José Luis Romero— que precede a la “era aluvial” en que se fortalece el proceso inmigratorio. La constitución del 53, mantenida con ciertas reformas, estampa en sus primeras líneas la frase de protección más generosa: entre los fines que persigue el Congreso General Constituyente está, dice, el de “asegurar los beneficios de la libertad, para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino. . .” A pesar de que muchas veces esa libertad no ha sido asegurada para nadie no puede negarse que es un principio de proyección y sentido universalista.

Esta apertura del país a las corrientes inmigratorias europeas pudo haber resuelto lo que debió ser el sostén natural de un país agrícola ganadero: la fijación de nuevos pobladores en los campos, afianzándolos totalmente en las tierras que trabajaban. En cambio no fue así: la población rural que

era en 1869 del 65.80% de la población total, baja en 1895 a 57.20% y en 1914 a 42.60%, siendo en 1950 de 31.8%.

Esta referencia orienta sobre ciertas condiciones en que se cumple el desarrollo argentino: la oligarquía criolla, iniciada antes de la Independencia como dijimos, se preocupa por ganar tierras al desierto fértil, mata al indio y persigue al gaucho, para establecer los grandes latifundios que podrán manejarse con escasa mano de obra; los toros, las vacas, las ovejas y carneros, se encargarían de aumentar la riqueza nacional, bajo la atenta vigilancia de la Sociedad Rural y el Jockey Club, que han de preocuparse por los "pedigrees" de los ganados para perfeccionar la calidad de las carnes para la exportación fundamental, abandonando en absoluto toda preocupación por el destino del hombre que debía poblar esos campos.

La agricultura desde luego avanza en las zonas litorales. A poco de la caída de Rosas, en 1856, se instala la primera Colonia Esperanza en Santa Fe, con agricultores europeos y fue ése el comienzo de una activa colonización posterior inteligente y productiva.

Pero lo que va dando nuevas características al país, es el desarrollo de la actividad industrial, que según el censo de 1895 alcanza a cumplirse con 24 104 establecimientos que ocupan a 175 000 obreros. La extensión de los ferrocarriles que era en 1880 de 2 300 kilómetros, llega en 1890 a 9 000 y en 1900 a 19 000. Esta expansión ferroviaria la cumplirá Gran Bretaña en condiciones excesivamente favorables y desarrollada con olvido absoluto de lo que podía ser la necesidad fundamental del país para su desarrollo integral.

Fue la época en que con "la paz y la administración" se aumentaron los puertos, diques, obras públicas en general y muy escasos caminos cuya construcción durante muchos años fue dificultada por las empresas ferroviarias que quisieron evitar competencias en los transportes automotores.

El auge del país, del que gozaban particularmente las clases dirigentes, como es natural, hizo que se desbordara el afán especulativo y se provocara una crisis financiera de profundas consecuencias. Las grandes emisiones de papel moneda efectuadas sin control provocaron una inflación galopante con muchos quebrantos bancarios y comerciales y una desorbitada especulación.

Esta situación de la economía y esta crisis financiera se produce en momentos en que Argentina va cambiando su fisonomía. Un país en formación, con 3 000 000 de población nativa y 1 000 000 de extranjeros, aproximadamente, debería ofrecer un panorama étnico y social muy confuso y complejo.

El extranjero no se había arraigado porque es indudable que las condiciones que se ofrecían no eran favorables. Su fuerte proporción frente a una sociedad nativa no muy desarrollada ni numerosa; sus distintas procedencias; los distintos niveles culturales, por lo general en bajo desarrollo; su radicación en ciudades también en crecimiento y sin otra posibilidad inicial que la de una labor de dependencia de niveles inferiores, más en servicios que en tareas de producción, no favorecerían la integración del país. Una parte mínima de ellos, en los campos, dedicados a la agricultura y en algunos casos incorporados a las colonias en que se recibían tierras en explotación o a veces en propiedad por adquisición, fueron los que más fácilmente se incorporaron a la vida de la nación. De ellos surgirán las nuevas promociones de "hijos de inmigrantes" que tanto papel jugaron en esos años de la vida argentina.

Se consolida una mentalidad caracterizada por la búsqueda del triunfo económico fácil y para ello el inmigrante tenía ejemplo de los grupos criollos que querían elevarse sobre las olas del crecimiento del país. En muchos casos el inmigrante triunfa en esos planos, supera su condición de explotado, se hace comerciante o de artesano pasa a industrial, juega a veces a las finanzas, educa a sus hijos y pronto éstos alcanzan la universidad y logran éxito en la política.

La élite criolla sigue beneficiándose de esa mano de obra extranjera y el capital comenzó a reeditar mejores intereses. Perfeccionó su ascenso a la situación de burguesía capitalista y comenzó el proceso de entrega temprana a las finanzas internacionales. Es así como, repitiendo la experiencia de otros países coloniales, la clase patricia en el poder, se enfrentó a los nuevos grupos sociales populares, mestizos o inmigrantes y ahondó aún más las diferencias económicas para delinear mejor los caracteres de una sociedad capitalista en formación.

Era una oligarquía que se llamaba a sí misma "liberal" porque estaba imbuída de las ideas positivistas de su tiempo y porque sostenían las normas del liberalismo económico, pero era regresiva y con mentalidad medieval para el enfoque de los problemas sociales. Lo anticolonial en ellos se dio únicamente en el plano de las relaciones con la iglesia: el triunfo del laicismo en la enseñanza tras una lucha larga y fuerte, la imposición del matrimonio civil, la política severa frente a la iglesia que permitió expulsar del país al Nuncio Apostólico para corregir un intento de abuso de confianza —hecho insólito en los días que corren en cualquier país que mantenga relaciones con el Vaticano— fueron realizaciones positivas de ese laicismo oficial.

La crisis de 1890 provocó un conflicto que fue expresión de un nuevo estado de cosas. Había partidos que actuaban en la oposición y que lograban atraer a las masas populares, ya con conciencia del papel que podrían representar en el proceso del país.

La política de la "élite" gobernante se definió especialmente por un centralismo agudo y una concentración de poder —"el unicato"— que despertó en los partidos de la oposición el deseo de cambiar el ritmo de los acontecimientos.

La oligarquía ilustrada no creía en el sufragio universal, las elecciones eran ficticias, los candidatos a gobernadores y diputados se elegían en la Casa de Gobierno y cuando el fraude no era posible, en las urnas intervenían los "matones" a sueldo para definir por la fuerza el resultado de un comicio.

Sobre las preocupaciones por falta de limpieza política se elevaban las voces de los que denunciaban la entrega del país al capital extranjero y la acción negativa que los capitalistas ingleses ejercían sobre el desarrollo del país.

Fueron las aspiraciones de los grupos que anhelaban imponer el ejercicio de una democracia popular, los que movieron a los jefes de los partidos políticos opositores a unirse para el movimiento revolucionario iniciado en 1889 y que tenía también un sentido de rectificación moral frente a la ola de concupiscencia, de negociados, de fraudes que se advertía en todos los órdenes de la vida nacional.

Los obreros que ya alcanzaban a tener significación en la vida social del país, comprendieron que el desbarajuste oficial los arrastraba en su caída. En 1888 hubo una huelga ferroviaria en la que los trabajadores pedían se les pagara sus jornales en oro —que tenía cotización normal en la bolsa— para cubrirse del envilecimiento progresivo del papel moneda. La juventud, con o sin partido, los grupos obreros, los sectores católicos que querían oponerse al liberalismo de los dirigentes, algunos sectores del ejército, y los distintos partidos políticos agrupados en la Unión Cívica, intervinieron en el proceso revolucionario.

Alem, Mitre, de la Torre, del Valle, fueron algunas de las figuras esclarecidas que actuaron en el movimiento que estalló el 26 de julio de 1890. La revolución fue sofocada y como dijera un senador "la revolución está vencida, pero el gobierno está muerto." En efecto, el Presidente Juárez Celman no pudo mantenerse en el poder y renunció, con lo que la oligarquía dominante cambió de conductores, pero no de sistemas. Se puso orden en cierto modo en las finanzas públicas, gracias a la habilidosa actuación de

Carlos Pellegrini, y la oposición que se había consolidado con el resultado del movimiento, se dividió al año siguiente en dos ramas: la Unión Cívica Radical, encabezada por Leandro N. Alem y la Unión Cívica Nacional por Bartolomé Mitre.

El nacimiento de la primera provocó el agrupamiento de grandes masas populares bajo su bandera. La palabra del gran tribuno romántico que era Alem, la enunciación de principios un tanto imprecisos, pero que movían el sentimiento de las masas particularmente bajo una proclama constante de "Intransigencia" frente a la posibilidad de una acción común con otros partidos o con el gobierno; el momento particularmente favorable para la enunciación de una nueva política para un nuevo país, hicieron fortalecer las filas del partido Radical. No fue "radical" ni en las ideas económicas ni políticas; agrupó a todos los sectores ideológicos y algunas figuras ilustres de la aristocracia criolla ingresaron a sus filas. Bajo su comando estalló una nueva revolución en 1893, también fracasada. Esto provocó una crisis en el partido, debilitado por la disidencia de los dos jefes, Alem y su sobrino Hipólito Irigoyen. Poco después Alem se suicidó diciendo que "para vivir estéril, inútil y deprimido, es preferible morir."

Un año después se separaban del radicalismo dos grandes figuras de la política argentina: Lisandro de la Torre y Juan Bautista Justo. De la Torre funda la Liga del Sur, transformándose después en el Partido Demócrata Progresista, desde donde cumple durante casi medio siglo una acción enérgica, austera, brillante, que da un tono nuevo a la acción política y parlamentaria de su tiempo, cortada dramáticamente al quitarse la vida en 1938, seguramente amargado por el rumbo que había seguido la vida del país. Justo abandonando su profesión médica y su brillante carrera académica en plena juventud, se acerca "al movimiento obrero en donde encontraría el ambiente propicio a mis nuevas y más fervientes aspiraciones", como escribiría años después.

En 1893 con otros tres dirigentes obreros funda *La Vanguardia*, "semanario socialista científico, defensor de la clase trabajadora." Para fundarlo se contó con 300 pesos de ahorros de uno de los obreros y con el producto de la venta del coche de médico que Justo entrega para hacer práctica la iniciativa.<sup>5</sup>

Es una voz nueva en ese ámbito de política criolla en el que los planteamientos elementales del liberalismo orienta la prédica de los partidos.

<sup>5</sup> DARDO CÚNEO, *Juan B. Justo y las luchas sociales en Argentina*, Alpe, Buenos Aires, 1956.

Ahora la clase obrera tiene en ese periódico nuevas perspectivas: no en vano, su director, el Dr. Justo, dedica sus horas de descanso a la traducción primera al castellano del primer tomo de *El Capital*, de Marx, lo que da una idea de la seriedad y la responsabilidad de la obra iniciada. "Puesta en manos de los ricos la dirección económica del país —dirá en el primer editorial de *La Vanguardia*— no es de asombrarse que todas las leyes tengan el más marcado carácter de leyes de clase y sean calculadas en bien de los propietarios." Y agregaba luego: "se ha formado así un proletariado nuevo que si no está todo lo instruido de las verdades que le conviene conocer las comprenderá pronto. Comprenderá que su bienestar material y moral es incompatible con el actual orden de cosas: comprenderá que la gran producción sólo puede ser fecunda para todos con la socialización de los medios de producción; comprenderá por fin que sólo él, el mismo proletariado, puede realizar una revolución tan grandiosa y se pondrá a la obra."

Como resultado inmediato de esa obra de acercamiento a la clase trabajadora, funda en 1896 el *Partido Socialista Obrero*, cuya declaración de principios es interesante transcribir porque es una expresión nueva en la América de fin de siglo: "El Partido Socialista, representado por sus delegados reunidos en Congreso, afirma:

Que la clase trabajadora es oprimida y explotada por la clase capitalista gobernante.

Que ésta, dueña como es de los medios de producción, y disponiendo de todas las fuerzas del Estado para defender sus privilegios, se apropia la mayor parte de lo que producen los trabajadores y les deja sólo lo que necesitan para poder seguir sirviendo en la producción.

Que por eso, mientras una minoría de parásitos vive en el lujo y la holgazanería, los que trabajan están siempre en la inseguridad y en la escasez, y muy comúnmente en la miseria.

Que en la República Argentina, a pesar de la gran extensión de tierra inexplorada, la apropiación individual de todo el suelo del país ha establecido de lleno las condiciones de la sociedad capitalista.

Que estas condiciones están agravadas por la ineptitud y rapacidad de la clase rica, y por la ignorancia del pueblo.

Que la clase rica, mientras conserve su libertad de acción, no hará sino explotar cada día más a los trabajadores, en lo que le ayudan la aplicación de las máquinas y la concentración de la riqueza.

Que, por consiguiente, o la clase obrera permanece inerte y es cada día

más esclavizada, o se levanta para defender desde ya sus intereses inmediatos y preparar su emancipación del yugo capitalista.

Que no sólo la existencia material de la clase trabajadora exige que ella entre en acción, sino también los altos principios de derecho y justicia incompatibles con el actual orden de cosas.

Que la libertad económica, base de toda otra libertad, no será alcanzada mientras los trabajadores no sean dueños de los medios de producción.

Que la evolución económica determina la formación de organismos de producción y de cambio cada vez más grandes, en que grandes masas de trabajadores se habitúan a la división del trabajo y a la cooperación.

Que así, al mismo tiempo que se aleja para los trabajadores toda posibilidad de propiedad privada de sus medios de trabajo, se forman los elementos materiales y las ideas necesarias para substituir el actual régimen capitalista con una sociedad en que la propiedad de los medios de producción sea colectiva o social, en que cada uno sea dueño del producto de su trabajo, y a la anarquía económica y al bajo egoísmo de la actualidad sucedan una organización científica de la producción y una elevada moral social.

Que esta revolución resistida por la clase capitalista, puede ser llevada a cabo por la fuerza del proletariado organizado.

Que mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos y los amplíe por medio del sufragio universal, el uso de estos derechos y la organización de resistencia de la clase trabajadora serán los medios de agitación, propaganda y mejoramiento que servirán para preparar esa fuerza.

Por tanto:

El Partido Socialista llama al pueblo trabajador a alistarse en sus filas de partido de clase, y desarrollar sus fuerzas y preparar su emancipación sosteniendo su programa mínimo.”

La acción del *Partido Socialista* se cumple en dos planos: el sindical y el político. En 1904, logra imponer el primer parlamentario socialista de América, a Alfredo L. Palacios, cuya obra para arrancar a la oligarquía de ese tiempo concesiones para los humildes explotados, forma uno de los más brillantes capítulos de la lucha por las conquistas del progreso social en el Continente. Palacios continúa hasta el día de hoy, con la misma fe e idéntico coraje, su acción política que es una permanente lección de civismo ético.

El movimiento obrero contó con otra fuerza que se oponía al planteamiento socialista y lamentablemente, por esa oposición en el campo ideoló-



gico, se debilitó la fuerza de las reivindicaciones planteadas a la clase dirigente: fue el anarquismo y el anarco-sindicalismo que cumplieron una acción aguerrida y constante en el campo obrero, impulsados por activos dirigentes europeos que habían llegado en la inmigración y que tuvieron el estímulo de la presencia, durante bastante tiempo, de los grandes anarquistas que fueron Enrique Malatesta y Pietro Gori.

Muchas huelgas revolucionarias se organizaron, a veces dirigidas por los sindicatos anarquistas, como las de 1906 y 1910, a veces por los socialistas como la de 1909, en la que fueron incendiados y asaltados los talleres de *La Vanguardia*, como fueran destruidos nuevamente por Perón cuarenta años después.

Una acción terrorista tuvo en jaque a las autoridades y las huelgas revolucionarias que siguieron provocaron reacciones en los grupos conservadores que se organizaron en bandas de asalto para ejecutar una persecución sangrienta contra todo lo que representara un movimiento social libre.

La Unión Cívica Radical, adoptó la línea de la abstención política y cuando pudo organizó una nueva conspiración cívico-militar, como la de 1905 que fracasó. Siguió reclamando la pureza del sufragio afirmando que mientras no quedase asegurada la efectividad del ejercicio democrático, no volvería a los comicios. Era un planteamiento similar al de don Francisco Madero en los primeros momentos de la Revolución Mexicana y no sería extraño que el proceso ulterior de esta revolución, hubiese influido en el desarrollo de la política argentina.

En efecto; los hechos producidos iban mostrando a los grupos más inteligentes de la oligarquía que no podía mantenerse el sistema de poder con el alejamiento de las masas de la vida democrática, cuando éstas habían demostrado tener conciencia de su papel social y habían ensayado los métodos de la insurrección.

Cuando en 1910 llega a la presidencia de la República Roque Sáenz Peña, se enfrenta al problema y le busca solución. Con su ministro Indalecio Gómez y seguramente de acuerdo con el jefe del radicalismo Hipólito Irigoyen, eleva al Congreso un proyecto de Ley Electoral que constituyó un instrumento excelente para la transformación formal de la política del país. Los gobernantes de la oligarquía conocían cuáles eran los métodos con los que se habían mantenido en el poder por varias décadas y no ignoraban los remedios para evitarlo.

La Ley Electoral dio el camino para el sufragio efectivo: voto secreto, lista incompleta para obtener representación de mayorías y minorías, con-

trol en los comicios por los partidos, libreta electoral a cada ciudadano al cumplir los 18 años, juntas electorales integradas por jueces, etc.

En 1912 se efectúan las primeras elecciones de parlamentarios y se incorporan al Congreso los representantes de la oposición que obtienen en la Capital Federal la mayoría con los socialistas en 1913 y 1914 y la minoría con los radicales. Cambia totalmente el panorama político y se advierte que esta experiencia electoral puede ser el comienzo de una posible transformación política de fondo. La vida parlamentaria llega a ser por esos años un hecho extraño para el país que escucha nuevos planteamientos de los partidos frente a problemas fundamentales. Todo eso prepara la elección presidencial de 1916 en la que triunfa totalmente la oposición con un 78% de los votos emitidos y cae la oligarquía para dejar el paso a un partido de auténtica extracción popular.

Automáticamente y por una elección, se cambió a fondo la dirección y la orientación política de la república. El advenimiento de Irigoyen a la Presidencia significó el cambio total de los gobiernos provinciales; la obtención de la mayoría en el parlamento nacional y en las legislaturas; el control del poder judicial y de todos los resortes del poder en todos los campos.

Abandonó el gobierno la fuerza conservadora, después de casi un siglo de tenerlo en sus manos. Los grupos poseedores de la tierra y el dinero; los latifundistas y ganaderos; banqueros y financistas; caudillos grandes y pequeños en las ciudades y los campos, todos dejaban de la noche a la mañana el gobierno de un país para entregarlo a un nuevo partido cuya mayoría estaba integrada por una nueva clase social, que representaba una nueva fuerza política.

La Unión Cívica Radical era un partido preponderantemente de clase media, pero en el que militaban los más opuestos sectores de la opinión pública. Contaba entre sus dirigentes aunque en minoría evidente, a figuras que pertenecían a la clase poseedora con muchos intereses paralelos a los de la oligarquía desplazada: terratenientes, ganaderos, banqueros, familias pertenecientes a la novísima aristocracia criolla, grandes abogados de grandes empresas, pero en su gran mayoría eran elementos de clases medias.

Sus principios ideológicos y políticos se presentaban con todos los matices: en economía no se habían precisado demasiado los principios del radicalismo y podían militar proteccionistas y libre-cambistas; los partidarios de un liberalismo absoluto con los que en minoría percibían la necesidad de ciertas normas de socialización; los partidarios del laicismo en la enseñanza y los que exigían la vigencia de una educación religiosa en las escuelas; frente al problema del militarismo no podían haber actitudes extremas

por cuanto el partido tenía mucho prestigio en las fuerzas armadas, con numerosos afiliados activos dentro de ellas. Pero también contaba entre su clientela electoral con grupos de las clases más pobres, de los obreros humildes, de los peones del campo, de las muchedumbres de los sin trabajo que esperaban alcanzar un mejor estado, tras la prédica paternalista de un partido que se decía del pueblo. En lo general se puede afirmar que tenía un programa de democracia popular, pero que quería modificar las normas y los instrumentos aplicados por los gobiernos conservadores, sin animarse a sostener la necesidad del cambio de las estructuras. Por haber sido así se malogró la mejor oportunidad que Argentina tuvo para una auténtica transformación social.

Muchas veces cuando la opinión señalaba la falta de programa del radicalismo, Irigoyen y los dirigentes respondían que "su programa era la Constitución." "Su causa es la de la Nación misma y su representación la del poder público," fue otra de las vagas definiciones de Irigoyen, que satisfacía así las exigencias de una gran masa sin excesiva experiencia ni preparación política, y que hasta los días actuales se ha sentido estimulada por una literatura ampulosa y romántica, difusa y altisonante, que en definitiva era una de las tantas formas con que desde muchos años los políticos y gobernantes de toda nuestra América encubren y disimulan acciones y propósitos contrarios a los que esas afirmaciones retóricas parecen querer significar. Lo más concreto fue su exigencia de una democracia efectiva, que se logró y por lo general se mantuvo, sin que pequeños episodios violatorios de las normas legales alcanzaran a desmentir esa preocupación fundamental. Democracia efectiva en lo político, aunque fuese en las formas, pero sin preocupación fundamental en el terreno de lo social y sin exigencias mayores para transformar de raíz los males y los defectos de la vida argentina.

Lo importante fue el arribo de una nueva clase al poder: la sustitución en gran escala de los apellidos de la oligarquía conservadora en el manejo de la cosa pública, por los apellidos de los hijos de inmigrantes, que avanzaban así a la dirección de los destinos de un país que ya les pertenecía. Tuvieron los fracasos de toda experiencia que se inicia, pero el país advirtió que un aire nuevo barría los viejos métodos y los hombres viejos. La misma Universidad percibió el impacto de la nueva situación y en ella pudo iniciarse el movimiento de la Reforma de 1918 que exigió y obtuvo en parte la renovación de los métodos y los equipos de la vieja universidad anquilosada y poco eficiente. Los que actuamos desde las etapas iniciales en ese movimiento que pronto adquirió proyección americana, no militába-

mos en las filas del partido gobernante, pero percibíamos la buena disposición del gobierno para favorecer una reforma que dos años después pudo ser sancionada.

Una de las características precisas que Irigoyen imprimió a su política fue la de frenar los avances del imperialismo extranjero al que opuso una política de nacionalismo económico, que alcanzó algunas realizaciones importantes como la creación de Y.P.F., que controlaría y dirigiría la exploración y explotación de los yacimientos petrolíferos. Se manifestó también en favor de una cautelosa estatización en las actividades industriales y de servicios públicos, deteniendo así en parte el auge que las compañías extranjeras habían alcanzado en los últimos años del gobierno conservador. Tenía un auténtico sentido de la solidaridad americana y manifestó en muchas oportunidades su adhesión a la política de gobiernos demócratas del Continente.

En el aspecto social ofreció el gobierno radical otras contradicciones gravísimas. A pesar de su extracción popular; a pesar de que en sus filas militaban obreros y elementos de la clase media baja, tuvo actitudes reaccionarias y violentas frente a movimientos obreros de particular significación, que estallaron con más intensidad a poco de producida la Revolución Rusa del 17.

Son estas referencias parciales las que contribuyen a dar una idea de la naturaleza contradictoria de este primer gobierno popular de la Argentina, que alcanzara el poder a un siglo de la Independencia. En 1919, por ejemplo, a consecuencia de una huelga metalúrgica, se produjo una represión sangrienta que se conoce en la historia del movimiento obrero como la "Semana trágica," y que costó centenares de vidas de trabajadores humildes, muertos los primeros dentro de su propio sindicato y en el sepelio de las primeras víctimas el resto. Luego, en 1920, reprimieron con violencia, huelgas de campesinos en Santa Fe, en el Chaco, y en la Patagonia se sofocó también un levantamiento de peones de campo contra los grandes estancieros, con métodos que en algunos casos no tenían nada que envidiar a los aplicados por los nazis de las décadas pasadas. En cambio, ese mismo gobierno favoreció algunas reformas a la legislación laboral y aceptó y puso en ejecución iniciativas parlamentarias o exigencias de los sindicatos obreros, cumpliendo ese juego de luz y sombras que en tantos aspectos de la actividad pública pudo contemplarse en ese período de 1916 a 1922.

Irigoyen impuso un fuerte carácter personal a su gobierno. Su recia personalidad, su sobria conducta personal, se impuso ante los dirigentes de su partido, legisladores, gobernadores de provincia, y seguramente convencido

que su acción dificultaba e impedía desviaciones de la norma moral que quería imponer, hacía valer el peso de su autoridad y de su prestigio sobre dirigentes en todas las escalas y pudo así ser decisivo en el planteo de grandes problemas, en conflictos políticos e institucionales. Por ello al finalizar ya su gobierno, popularmente se definía a su partido como "personalista," y por ello cargó con todos los errores y contradicciones de sus colaboradores.

En 1922 se efectúan elecciones para la renovación de las autoridades nacionales. El radicalismo obtiene el 55.70% de los votos; los conservadores el 24.4% y otros partidos el resto. Fue consagrado Presidente Marcelo T. de Alvear, representante legítimo de la oligarquía criolla, con antepasados en la historia, hombre honrado y de actuación significativa dentro del radicalismo desde los años iniciales.

Pero Alvear no era expresión auténtica de la fuerza popular del radicalismo y era visto con buenos ojos por los grupos conservadores, que tenían esperanzas de coincidir con él en muchos planteamientos políticos y económicos. Muy pronto Alvear se distanció de Irigoyen y el partido gobernante se dividió en "personalistas" y "antipersonalistas," o "irigoyenistas" y "alvearistas." No era una división que obedecía a un enfoque muy preciso y diferente de los problemas nacionales; ninguno tenía concepciones muy avanzadas sobre la forma de resolver el problema del desarrollo económico del país, aunque Alvear era un liberal más ortodoxo y más dispuesto a obedecer a los planteamientos de los sectores vinculados a la Sociedad Rural, al Jockey Club o la Embajada Británica.

La Presidencia de Alvear fue intrascendente, aunque correcta, honrada y tranquila. Se dejó más libre juego a los grupos económicos para que actuaran aprovechando una época de cierto bienestar en el país, sin grandes conflictos sociales, con un buen avance en la producción ganadera y agrícola y un cierto impulso al desarrollo industrial que había sido estimulado durante la primera guerra. Pudo cumplir su período con tranquilidad y presidir la elección de renovación presidencial en 1928.

El sector "irigoyenista" obtuvo en esa elección el 57.4% de los votos, y el frente único conservador y antipersonalista, a pesar de contar con los resortes del poder, sólo alcanzó el 28.3%, siendo el resto de los votos del Partido Socialista. Irigoyen alcanzó, pues, su segunda presidencia, a la que llegaba con una disminución muy grande de sus facultades, por razones de edad y de fatiga.

Fue víctima de los obsecuentes que lo rodeaban y engañaban, desdibujándole la auténtica realidad que debía manejar. Alteraciones en el funcio-

namiento institucional, errores políticos, falta de una dirección económica de fines claros y efectivos, graves desórdenes administrativos fueron desgastando el prestigio del gobierno desde los primeros meses. Un parlamento con mayoría oficialista no contribuyó a salvar su labor política: la obsecuencia actuó para perderlo, pues no tuvieron fuerza, ni su partido ni sus colaboradores, para señalarle a tiempo la urgencia de una rectificación.

La crisis mundial del 29 fue una razón determinante para que la situación de Irigoyen se agravara y para que las fuerzas conservadoras se alistarán en su contra estimuladas por los intereses imperialistas que querían volver a actuar con mayor libertad sobre la economía de una nación periférica que tanto papel como poseedora de materias primas, podía jugar en el campo de la economía mundial.

Puede decirse que es en ese momento cuando irrumpe con mayor fuerza el que había de ser el partido político de mayor gravitación durante las últimas tres décadas argentinas: las fuerzas armadas de la nación.

No quiere esto decir que desde la época de la organización hubieran sido los militares ajenos al proceso político. Pero hasta promediar la década de los 20, el Ejército no había alcanzado la organización institucional que obtuvo por la nueva legislación que los protegía, por la mayor tecnificación que alcanzaron bajo las enseñanzas de los instructores alemanes que se contrataron, por el acercamiento a la vida de los negocios y al mayor desarrollo industrial del país. En la presidencia de Alvear, habían alcanzado una mayor influencia en el mundo político y cuando la segunda presidencia de Irigoyen se debilita, cuando la preocupación de los grupos financieros por la caída económica que la crisis internacional produce, el ejército fue la institución que con más unidad se movió para impulsar y sostener a las fuerzas conservadoras que querían rescatar el poder perdido en 1916.

Ya el ejército había adquirido un sentido de "casta" que hasta ahora mantiene: reclamaban para sí el derecho de ser considerados como una de las fuerzas de sostén de la nación, estimulado indudablemente por el avance del militarismo en todo el mundo, después de la primera guerra mundial.

La capital de la República fue como siempre el centro de la acción opositora: la coalición de partidos de derecha unida a un nuevo partido "Socialista Independiente" que integraban hombres que se desplazaron por conveniencia para oponerse al servicio de la reacción, desplegó desde el año siguiente de la segunda presidencia de Irigoyen una violenta acción, parlamentaria, callejera, periodística, para provocar la caída del gobierno.

Gozó la oposición de una libertad absoluta que utilizó para preparar la conspiración de los militares en los cuarteles.

El 6 de septiembre de 1930 estalla el movimiento. Uno de los generales dirigentes fue José F. Uriburu, que tenía gran ascendiente entre los grupos conservadores y los nacionalistas —por allá “nacionalismo” es sinónimo de fascismo— y que llevaban planes de un avanzado totalitarismo con lo que afirmaban habrían de cumplir “una revolución verdadera.” El otro dirigente fue el general Agustín P. Justo, rodeado por la mayoría de la oficialidad militar y con apoyo de las fuerzas económicas que querían reconquistar el control del desarrollo del país. Se inclinaban más al retorno de las viejas técnicas conservadoras, a no innovar en materia institucional y “conservar” el poder para que se cumpliera el propósito de expansión de los grupos capitalistas nacionales y extranjeros.

No es afirmación vana la que se formula al decir que el Ejército irrumpe como el gran partido político, porque a pesar de que contó con el apoyo externo y público de los partidos de derecha, los militares fueron los que controlaron el motín y ocuparon los puestos de mando al desalojar al Gobierno. Rechazaron la colaboración primera de los partidos políticos y se entendieron directamente con las bien llamadas “fuerzas vivas” para cumplir los propósitos de salvaguardar los intereses latifundistas, ganaderos y financieros internacionales que por esos años habían sufrido la pérdida del control estatal.

Es interesante anotar que por estas épocas la estructura social-económica del país estaba en cambio. La inmigración se había detenido y por el contrario, desde la época de la primera guerra había emigrado del país, en algunos años, un número mucho mayor de población al que había inmigrado. En 1930, la proporción de extranjeros sobre la totalidad de la población había descendido de 29.9% que era en 1914, a 23.5% para seguir descendiendo en 1947 a 15.4% y en 1954 a 15.1%.

El desarrollo industrial que había ido en aumento en los últimos años, provocó la iniciación del desplazamiento de la población del país sobre la zona litoral, desplazamiento que se inicia en 1914 y que se hace más notorio sobre la zona de la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores que reunía en 1930 el 30% de la población del país.

La ocupación obrera industrial había acrecido en un 51% con respecto a 1914, mientras que los capitales invertidos en la industria se habían elevado en un 160%, aumento que se justifica por las inversiones extranjeras intensificadas en los últimos años.

El ejército, sosteniendo abiertamente a los partidos de derecha con el uso

de lo que se llamó el “fraude patriótico”, impone al general Agustín P. Justo como Presidente Constitucional en 1932. Es el retorno de la reacción, en política y economía; época en la que aumenta “la invasión invisible” de que hablaba Julio V. González, para referirse a la acción de los “trusts” internacionales, que obtienen concesiones fraudulentas en el campo de la energía eléctrica, los transportes, el petróleo y los empréstitos.

El asomo de democracia incipiente que se había vivido durante los gobiernos radicales se anula; la represión del movimiento obrero se aumenta; el caudillismo conservador ejerce más presión sobre los obreros del campo, de los cañaverales e ingenios azucareros, de los obrajes, de las minas, así como sobre la creciente población industrial de las grandes ciudades. El ejército aumenta su potencia, sus efectivos y sus emolumentos; se producen grandes negociados en la compra de armamentos y en la venta de las carnes, que son denunciadas por las minorías opositoras en el Parlamento. Los maleantes del oficialismo llegaron a asesinar a un Senador nacional en pleno recinto, con la intención de abatir al viejo caudillo Lisandro de la Torre, a quien ya nombramos, por su implacable acusación sobre los negociados de los hombres del gobierno,

Al terminar la presidencia de Justo, se elige con fraude al Dr. Roberto Ortiz, de su mismo grupo radical antipersonalista, afirmándose en aquellos tiempos, que su candidatura se había incubado en la Embajada Británica. Con todo, había esperanzas de que Ortiz pudiera desempeñar el papel que Sáenz Peña desempeñara en 1912 al lograr el retorno a la normalidad política. Al morir a los dos años de haber asumido el poder, ocupa su lugar el vice-presidente, Ramón S. Castillo, viejo político conservador y regresivo que agudizó el problema institucional al entregarse plenamente a los intereses de los “vacunos”, designación con que se distingue a los partidos conservadores.

Un conjunto de complicaciones políticas formó el ambiente para que el gran partido —el Ejército Nacional— resolviera tomar otra vez bajo su responsabilidad el destino de la nación y el 4 de junio de 1943, se levantó en armas traicionando, una vez más, al equipo gobernante al que venía sosteniendo en comunidad de intereses.

Y aquí comienza otro capítulo de la historia contemporánea de la política argentina, seguramente tan oscura, confusa y desalentadora como todas las que hasta ahora hemos tratado de describir desde los días iniciales de la República.

Este lapso de la vida argentina, que corre por los años de 1943 a 1955 y que se designa como la “era peronista”, tiene que ser diferenciada para



distinguir su comienzo de la etapa de expansión, porque cada una tiene características totalmente diferentes.

En el golpe militar de 1943 actúan: factores de política internacional con la intervención de la Embajada de Hitler que anhelaba obtener una base de operaciones al sur del Continente; el afán del ejército por volver a dominar la conducción de Argentina y los intereses de grupos financieros que querían salvar su patrimonio en un país que parecía otra vez en bancarrota. En la segunda etapa, 1945-1955, Juan D. Perón cambia totalmente la fisonomía del golpe militar y le asigna un carácter social, con intervención de las masas que él sabe conducir y dominar.

En el golpe en sí, juega solamente el poder del ejército sin participación ni adhesión alguna del pueblo. Se produce contra los partidos políticos de derecha en el poder, o los de centro e izquierda fuera de él; contra las fuerzas obreras que persigue y encarcela; contra las instituciones civiles, culturales, etc. En el segundo tiempo, el pueblo será protagonista de una experiencia que tiene semejanzas precisas con otros movimientos totalitarios del siglo xx.

El panorama social de Argentina, al finalizar la segunda guerra, ofrecía características muy particulares que permitían considerar como posible un ensayo de dominio de las masas como los que Perón había observado en Italia y Alemania. Frustrada la tentativa de expansión del imperio de Hitler hacia el extremo austral del Continente, podía pensarse en una nueva experiencia que no debía tener parecido alguno con las demás dictaduras americanas de este siglo.

Existía en Argentina un gran desequilibrio social que había surgido de esa aplicación del régimen de injusticia al que nos hemos referido, en el proceso político-social del último siglo en el que la clase dominante iniciada con el país, había demorado la solución de problemas impostergables: en cuatro siglos no se ha podido intentar una solución tan imperativa en un país de la naturaleza de aquél, como es la reforma agraria.

La República que debía haber crecido para adentro ha continuado lanzando su población hacia las ciudades del litoral, creando problemas que pueden explicarse en naciones constreñidas por la geografía y obligadas al hacinamiento urbano. Inexplicablemente en la Argentina de este siglo se ha favorecido la despoblación de los campos a los que se quiso penetrar en el siglo xix y el crecimiento monstruoso de las ciudades así lo demuestra: de un 65% de población rural en 1895, se baja a un 32% en 1950 y las urbanas crecen como es natural, en idéntica proporción. Pero sin una distribución racional, el hacinamiento en lo que se llama el gran Buenos Ai-

res —la capital, suburbios y pueblos aledaños— reúne ahora la cuarta parte de la población total del país.

A pesar de que estas migraciones interiores son un hecho normal en el mundo por el proceso de expansión industrial, en la Argentina pudo haberse corregido esa dinámica natural porque existían los elementos básicos para hacerlo. Era explicable que el campo expeliera a sus habitantes que no podían levantar su choza, ni cultivar su predio, ni ganar su vida frente a la crisis periódica de la industria agrícola-ganadera, explotada por la clase poseedora, por los grandes trusts cerealistas o por los compradores de carnes y lanas de Londres o Nueva York. En cambio, la ciudad reclamaba brazos para una industria en expansión y el hombre de los obreros, los ingenios, las minas o los campos, buscaban en ella el jornal seguro.

Este desplazamiento geográfico provocaba, como es natural, un desarraigo, una inadaptación, un descontento, en el nuevo ambiente. Las condiciones penosas de habitaciones improvisadas, que en todas las grandes ciudades y mucho más en las nuestras se van levantando; la disminución creciente de los salarios reales entre la población de más bajos ingresos frente a la inflación progresiva; el choque emocional que provocaba el cambio del sistema de vida campesina por el ofrecido en la metrópoli, con todos los atractivos y contradicciones de las grandes ciudades, formaban un ambiente psicológico propicio para aprovechar el natural descontento colectivo para una acción dirigida con fines de dominación.

Los quince años de gobierno reaccionario habían frenado aún más las posibilidades de mejoras sociales a las clases populares que sufrían el constante aumento del costo de la vida sin recibir siquiera protección de la legislación laboral que en el país se había iniciado tempranamente, pero que no había avanzado al ritmo de los tiempos. Seguramente el mismo aumento del nivel de vida que se había logrado en todo el país en las primeras décadas del siglo; la disminución notable del analfabetismo, que de un 53.5% en el año 1895 baja a 13.6% en el de 1947; la gran movilidad social que como consecuencia de esas dos circunstancias se notó en Argentina por esos años, y que hizo descender el porcentaje que representaban las clases populares en la población total, de un 65% en 1895 a 52% en 1947, mientras que las clases medias aumentaban del 35% al 48%, fueron factores que contribuían a formar un ambiente social desequilibrado, tanto en los estratos más pobres de la clase proletaria urbana y rural, como en la clase media baja, integrada por obreros calificados, empleados, artesanos, pequeños comerciantes, jubilados, que estaban ahora en mejores condiciones para valorar la injusticia.

A la crisis normal del hombre de nuestro tiempo se agregaban factores particulares en el caso argentino, que no hemos hecho más que esbozar. Frente a esa situación, Perón actúa con destructora eficiencia.

Se inicia su proceso cuando en octubre de 1945, por luchas de grupos en el propio ejército gobernante, siendo Vice-presidente, Ministro de Guerra y Ministro de Trabajo, Perón es hecho prisionero y alojado en cárcel militar. Su gran colaboradora Eva Duarte y los elementos que la seguían, en algunos sindicatos controlados, el ejército, la burocracia, realizan el espectacular experimento de arrastrar a las masas obreras más pobres de todo el suburbio de Buenos Aires (policías vestidos de trabajadores incitan a los obreros de las fábricas a lanzarse a la calle), para reclamar frente a la Casa de Gobierno la presencia de Perón.

El avance sobre la ciudad es violento, agresivo. Se azuza al obrero para que actúe contra la propiedad, contra los vecinos, contra los transportes, para crear un ambiente dramático y tenso. En la noche, Perón es libertado y desde los balcones del Palacio de Gobierno arenga a la multitud con ese tipo de oratoria que no había de abandonar durante diez años y que delineaba la acción demagógica más hábil y penetrante.

Es verdad que en este episodio intervinieron en su mayoría los grupos más desheredados y abandonados del suburbio de la metrópoli. Es cierto que esa multitud excitada por la propia policía, por la oratoria incendiaria del "leader" que inicia esa noche su dominio de diez años, era la que menos había tenido que ver en el reparto de la riqueza del país, en los beneficios de la educación, en el auge pasado de la república. Con ellos, Perón formó su primera fuerza de choque: "Los verdaderos heraldos, precursores y managers de Perón —dice Martínez Estrada—, fueron el cansancio y la decepción del pueblo después de muchísimos años de ser tratados como recua, engañados y embrutecidos por todos los métodos que ya conocían los unitarios, los federales, los nacionalistas, los autonomistas, los conservadores y los radicales que ejercieron a su turno el poder. Métodos que perfeccionaron los fascistas, los nacionalsocialistas, los falangistas y los stalinistas, partidos políticos que redujeron a sus pueblos a la condición de animales de noria."<sup>5</sup>

Y así fue. Esos que fueron "siempre tratados como recua" y que cumplieron aquella primera etapa del proceso para sostener a Perón en sus primeros meses, fueron seguidos por los otros, por los que algo habían sido

<sup>5</sup> Ezequiel Martínez Estrada. *¿Qué es esto?* Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1956.

favorecidos en el proceso de desarrollo del país y que con mayor conciencia percibían que podría haber llegado el momento de sus reivindicaciones.

No es posible detenerse en la crónica de los diez años de dictadura. Baste decir que con la acción desde el gobierno; con la Confederación General del Trabajo (C.G.T.), controlada desde el Ministerio de Trabajo; con las policías y el ejército; con el dinero del Estado en sus manos; con el enorme poder publicitario que manejaba, ganó fácilmente las elecciones de 1946 y fue elegido Presidente por escaso margen de votos sobre una unión democrática integrada por los partidos opositores y que actuaron equivocada y torpemente, con un desconocimiento total de la realidad social del país.

Consolidado constitucionalmente el gobierno, con dominio absoluto sobre todas las provincias y todos los resortes del poder, Perón desarrolla un nuevo tipo de acción gubernamental, rompiendo las viejas normas. Llama a las masas y las masas le siguen seducidas por el mecanismo de actuación que pone en marcha, con su acción demagógica y paternalista, con su labor corruptora, con la organización piramidal de la gran central obrera cuya cúspide está en la Casa de Gobierno, dirigida por funcionarios venales extraídos de los propios sindicatos y manejados y dirigidos por el partido oficial, por el terror impuesto por la policía y el ejército. "Yo tengo para manejarme un sistema de seguro y reaseguro", decía Perón. "El seguro, cinco millones de trabajadores que enfrente al ejército para tenerlo a raya y no dejarlo conspirar; el reaseguro, son cien mil bayonetas para dominar a los trabajadores cuando no me obedezcan." Con ese sistema infalible se mantuvo.

En verdad, Perón desquició el movimiento obrero, corrompió a los dirigentes, pero concedió a las masas una mayor conciencia de su papel social. Favoreció a ciertos sectores de la burguesía industrial y ganadera y perjudicó a otros; formó una nueva, fuerte, corrompida oligarquía "peronista" que extrajeron del país beneficios monumentales; dictó leyes arbitrarias y las aplicó contra sus enemigos; persiguió obreros y estudiantes, civiles y militares desafectos, afirmándose que pasaron por las cárceles 45,000 personas acusadas por delitos políticos; mediatizó el desarrollo cultural atacando como enemigos peligrosos a todos los que algo tenían que ver con la vida de la inteligencia; desorganizó las industrias madres del país —agricultura y ganadería— para especular con ellas en favor de la nueva burguesía industrial que él quiso favorecer utilizando la diferencia entre los precios de compra y de venta de los productos para cubrir los gastos del gobierno y de su partido; quebró la economía con el derroche de los 1 600

millones de dólares de reserva que encontró, sin cumplir un plan de desarrollo que hubiera llevado al país a niveles superiores; evitó el estallido de huelgas, con lo que permitió a la burguesía industrial una época de auge.

Le dio al obrero alguna legislación favorable, lo protegió en algunos momentos que le convenía y favoreció la elevación de salarios, en particular de los obreros no especializados y de los peones del campo y les otorgó mejoras sociales a veces más ficticias que reales, puesto que arrastró al país al estado de quiebra que provocó su caída en 1955.

Su presunta actitud anti-imperialista se desmintió con muchos episodios y en particular con la concesión petrolera que significaba una vergonzosa entrega del país a la Standard Oil —en su filial California—, y que quiso firmar en 1955. El Departamento de Estado de los Estados Unidos y su Embajador en Buenos Aires, lo protegieron hasta el último momento, esperando la ratificación de esa concesión monstruosa.

La revolución cívico-militar de septiembre de 1955, impidió la firma de ese contrato. Perón abandonó el poder, huyó al Paraguay de Stroessner, luego a la Venezuela de Pérez Jiménez, pasó al Santo Domingo de Trujillo, para terminar en la España de Franco.

En esos diez años de organización perfecta de la experiencia fascista modificada por ingredientes coloniales y elementos autóctonos, no se alteraron las estructuras fundamentales ni se intentó en ningún momento provocar la transformación de fondo que el país exigía, como ya dijimos, particularmente en el régimen de la tierra. Sólo alteró aspectos formales de las relaciones económicas y particularmente extendió la intervención del Estado en la producción, en el régimen bancario y financiero y facilitó el cambio de personajes en los planos dirigentes de la cosa pública.

Desde luego atacó a algunos grupos de la oligarquía terrateniente y ganadera, pero favoreció a otros. Excitó a los obreros, les habló de sus derechos, los ilusionó con la afirmación repetida de que ellos eran los dueños del país, pero los dominó también como recuas; les castigó y encarceló cuando quisieron ejercitar esa mayor personería que se les había prometido.

Pero con todo eso, quedó en Argentina una ciudadanía despierta y exigente. Estaba partida en dos: los que siguieron a Perón y los que lucharon contra él por distintos motivos.

Hay errores de juicio lamentables que han hecho condenar a los primeros por su solidaridad con la dictadura y a los segundos por haberse opuesto al movimiento popular que representó el peronismo. Ambos juicios son equivocados. Una gran mayoría de los que apoyaron a la dictadura eran integrantes de los sectores más empobrecidos del país que, como lo

expresáramos anteriormente, trataron de buscar, por lo que creyeron el camino de una transformación social de fondo, la satisfacción a sus reivindicaciones siempre postergadas. Se empleó una técnica perfecta para el engaño y sería un error sociológico gravísimo el acusar a las víctimas de lo que fue una de las tantas estafas sociales del siglo xx. El resto de los sostenedores fueron los beneficiarios y cómplices de la dictadura que sumaron muchas decenas de millares en todo el país.

En cuanto a la oposición a Perón, debemos distinguir dos planos diferentes: de una parte, la burguesía capitalista, partidos de derecha, clase dirigente, porque veían con angustia la exaltación del pueblo a la categoría de responsable de su propio destino y creían amenazada la tranquila explotación que del país habían cumplido durante un siglo, sin preocuparse del reclamo de las mayorías. De otra parte, la oposición popular que no pudo dejarse engañar con la falsa aparición revolucionaria de un nuevo ejemplar oligárquico-militar, inmoral, corrompido, de conciencia dictatorial, que quiso hacer lo mismo que sus antecesores con distinto método. En nombre de una auténtica aspiración social de salvar al país, se opuso a Perón una gran proporción de integrantes de las clases populares y de las clases medias que veían con claridad —por un mayor sentido y experiencia política— que el proceso no llevaba a la transformación progresista de la república sino a su hundimiento.

Para confirmar estas apreciaciones pueden resultar orientadoras unas referencias numéricas: las *clases populares* de Argentina representaban en el último censo de 1947, una proporción del 59.7% de la población o sea, aproximadamente, 12 000 000 de habitantes.<sup>6</sup>

En las elecciones de Convencionales Constituyentes de 1957, los votos en blanco, señalados como peronistas, representaron el 24.3%, con 2 115 000 sufragios, vale decir, solamente el 40% de lo que en la masa de electores debieron representar las clases populares.

En cambio, los votos no peronistas representaron el 75.7% de la masa electiva y no puede afirmarse que esa fuerte proporción podría estar constituida por los grupos dirigentes y clase poseedora, si anotamos la referencia de que las clases altas de Argentina representan el 0.7% de la población y la clase media superior se estima en el 6.6%. Quiere decir que esa masa electora *no peronista* estaba integrada fundamentalmente por representantes de las clases populares y clase media inferior.

<sup>6</sup> Gino Germani.—Estructura Social de la Argentina.—Editorial Raigal, Buenos Aires, 1955.

Es verdad, pues, que como lo hemos expresado, la dictadura contó con apoyo popular, pero es inexacto que ese apoyo estuviera dado por toda la masa popular argentina.

La revolución militar de 1955 que derrocó al peronismo no hubiera sido posible sin la constante acción opositora mantenida durante los diez años de la dictadura. En esa acción actuaron los partidos populares y en ínfima proporción los grupos conservadores. Entre los que pasaron por las cárceles por delitos políticos durante esos diez años, no hubo miembros de las clases ricas, sino obreros, estudiantes, profesionales, profesores, escritores y algunos grupos militares que intentaron diversas conspiraciones. Durante esos diez años no hubo un solo día en que cesara la acción opositora en las calles, en la prensa pública o clandestina, en las universidades, en los partidos políticos, en la conspiración secreta.

Es indudable que la revolución del 55, que costó muchas vidas, trajo en los primeros días un alivio profundo a la República. Terminaba una época de oprobio, de persecución, de espionaje constante, de latrocinios, de quiebra moral expresada en muchos terrenos y aun entre los sectores obreros partidarios no se expresó ningún deseo de ayudar a contener la caída de un régimen que había llegado a su máximo desprestigio.

A pesar de que el movimiento tuvo gran apoyo civil y respaldo popular en los primeros momentos, es indudable que fue copado de inmediato por los grupos de derecha que colaboraron con los militares en la toma del poder. Se cumplió una política regresiva que contuvo el desprestigio que había acompañado a Perón en su caída, pues las masas obreras comenzaron a añorar el régimen de supuesta protección que en algunos momentos había gozado, volvieron a exaltar la figura del dictador caído y se consolidaron nuevamente los organismos sindicales que habían comenzado a disgregarse en el momento de la fuga de los dirigentes gubernamentales. En los 30 meses de gobierno provisional se cumplió una etapa de dominio de las derechas en la conducción política del país, pero el presidente General Arámburu, jugó honestamente su papel en cuanto impuso su voluntad de devolver al país al orden institucional, en contra de la muy fuerte corriente expresada en el Ejército y en los grupos civiles conservadores que preferían la continuación del régimen de emergencia para retrasar la normalización constitucional que el pueblo anhelaba.

En 1957 se efectuó una elección nacional de Convencionales a la Asamblea Constituyente para reformar la Constitución Nacional. Se aplicó por

única vez un sistema electoral de representación proporcional que permitió que la Asamblea se constituyera con representantes de una docena de partidos.

Unos meses después, en febrero de 1958, se convocó al país a elecciones generales en las que triunfó la fórmula presidencial de la Unión Cívica Radical Intransigente que logró también imponer sus candidatos en todas las provincias.

Se iniciaba así una nueva etapa en la vida política argentina en la que el pueblo confiaba había de encontrar el buen camino para su liberación definitiva, después de casi treinta años de agitada, oscura y penosa vigencia de regímenes de anormalidad y represión.

La elección de Constituyentes en 1957 había demostrado que el *radicalismo* contaba con la mayoría del electorado del país: obtuvo en esa oportunidad el 45.43% de los votos contra un 30.26% de los demás partidos reunidos, y el 24.31% de votos en blanco que se supone fueron peronistas.

Pero lamentablemente esa fuerza política que vimos surgir después de la revolución de 1890, y que había gobernado desde 1916 hasta 1930, se había dividido en dos sectores difícilmente identificables por diferencias de principios: Unión Cívica Radical Intransigente, dirigida por Arturo Frondizi y la Unión Cívica Radical del Pueblo, cuyo leader es Ricardo Balbín.

Los dos dirigentes habían integrado la fórmula presidencial de su partido en 1954, oportunidad en la que proclamaron su identidad de propósitos y de programas. Al dividirse, se expusieron muchas razones que pretendían justificar la escisión, pero en el fondo ambos grupos coincidían en los planteamientos fundamentales para la conducción del país. Es verdad que en la Intransigencia, militaban grupos juveniles de izquierda que exigían y esperaban el cumplimiento de un plan político de realizaciones progresistas, y es verdad que entre el grupo dirigido por Balbín se pugnaba por una política más inclinada al centro-derecha. Pero es lo cierto que la diferencia esencial que advirtió la opinión pública fue la decisión de la Intransigencia, de transigir con toda la política que precisamente había combatido durante el medio siglo de vida activa en el escenario nacional.

Durante la campaña electoral, Frondizi y sus colaboradores eludieron todo juicio crítico contra la etapa de la dictadura y cumplieron una acción proselitista fundada en el propósito de arrastrar a las mayorías a costa de un evidente engaño sobre los auténticos propósitos políticos que se perseguían. Se afirma que esta actitud obedeció a un pacto entre Perón y Frondizi y según el cual, el partido del primero, impedido por el gobierno de



concurrir con candidato propio, entregaría sus votos al segundo, y éste, al asumir el poder, concedería a Perón y sus adláteres una serie de franquicias de orden político y financiero.

No puede afirmarse si tal pacto existió, pero lo cierto es que el partido de Frondizi en 1957 obtuvo 1 848 546 sufragios y los votos en blanco alcanzaron la cifra de 2 146 946. Unos meses después, en febrero de 1958, Frondizi obtuvo 4 040 110 votos y en blanco sólo se depositaron 699 415. Se advierte claramente que el aporte electoral del peronismo decidió la elección del candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (U.C.R.I.) que arrastró también buena parte de los electores que en 1957 sufragaron por los comunistas (228 000), los independientes, algunos conservadores, etcétera. Por otra parte, se afirmó que poderosos grupos patronales habían financiado la costosa campaña electoral del frondizismo.

La elección fue correcta y se cumplieron todas las normas de una justa totalmente legal. El 1o. de mayo del mismo año, Arturo Frondizi asumió la Presidencia de la Nación, con el beneplácito de la mayoría del país que veía abierta así la posibilidad de rehacer la vida nacional bajo nuevas normas. La plataforma electoral del partido prometía una acción honrada para la salvación económica, política y moral del país que estaba al borde de la bancarrota. Frondizi tenía una trayectoria de político democrático y progresista. Su labor en el Parlamento, en su partido, sus ideas expuestas en libros y discursos, permitían esperar un gobierno limpio que defendería el patrimonio nacional amenazado por las acechanzas del capital internacional y de las fuerzas reaccionarias del país a las que él siempre, por lo menos de palabra, había combatido.

Anunció la pacificación de la República que estaba dividida en muchos fragmentos por razones políticas y sociales y prometió una "integración" que debería cumplirse especialmente en los grandes sectores populares divididos por la acción disgregadora de la dictadura.

La "integración" se entendió como un agrupamiento del partido triunfante con los elementos peronistas que lo habían apoyado y en esos términos comenzó a actuar en los primeros meses de gobierno. Pronto pudo verse que efectuado ese acercamiento en la cúspide pero no favorecido en la base, tenía que fracasar.

El difícil momento social y económico hizo estallar de inmediato el descontento obrero. Las huelgas de ferroviarios, petroleros, bancarios, metalúrgicos, textiles, mercantiles, etc., tuvieron la respuesta normal y corriente en toda organización del Estado puesta al servicio de los intereses de las clases patronales: la represión policial, la cárcel, las condenas por pertur-

bar la tranquilidad social. Desgraciadamente la desunión de los grupos de trabajadores por diferencias políticas —62 sindicatos peronistas, 32 anti-peronistas, 30 neutrales— les quita la posibilidad de integrar una poderosa fuerza para una acción más efectiva frente al gobierno.

Muy pronto Frondizi, sin abandonar aún su política de “integración” con el *justicialismo*, vuela a Estados Unidos, se acerca a los grandes consorcios petroleros y financieros de ese país y celebra un pacto que entra de inmediato en ejecución: recibe dólares, en una suma superior a los 350 millones, adopta determinadas medidas financieras y bancarias impuestas por el Fondo Monetario Internacional, cambia sus equipos ministeriales y atrae a su gabinete a un grupo técnico de economistas vinculados con las altas finanzas nacionales y extranjeras que son los que todavía controlan la marcha económica y política del país. Simultáneamente se inició una intensa acción de entrega de las fuentes nacionales del petróleo a grupos monopolísticos internacionales que ha configurado toda una maniobra de cesión de la soberanía en sus puntos más vulnerables.

Por otra parte, en el año último, cada dos o tres meses los distintos grupos en los que se hallan divididas las fuerzas armadas, formulaban constantes planteos reivindicatorios, que contribuyeron a dar a la vida oficial del país un aspecto de ridícula inestabilidad.

Económicamente el país descendió a los más bajos niveles: el costo de la vida fue en constante ascenso, la producción descendía, la moneda tuvo una devaluación que llegó al 190% en menos de 20 meses, para mejorar después y estabilizarse con una cotización con respecto al dólar que significa un 100% de descenso con respecto a agosto de 1958. Las reservas monetarias del país bajaron a niveles inesperados y en todos los sectores de la actividad nacional se observó el impacto que la descapitalización, el déficit de material técnico en la industria y en los servicios, producía en la marcha del país.

Esa situación provocó un gran descontento en todos los sectores nacionales. La acción de crítica se ofreció en todos los tonos y obedeciendo a distintos intereses. Desde hace casi dos años se gobierna con estado de sitio, lo que impide la acción libre de la ciudadanía, aunque es verdad que existe suficiente libertad para una prédica constante de oposición y de crítica en todos los tonos. El país sufrió mucho con la pérdida de la libertad durante todo el régimen de la dictadura y el gobierno sabe que es un mal remedio el coartar totalmente la libre expresión, aunque encarcele obreros cuando la solución de los conflictos del trabajo no se resuelven de acuerdo con los deseos de los grupos patronales.

Políticamente el panorama es confuso: el gobierno no cuenta hoy con la mayoría que lo elevó al poder hace veinte meses. En elecciones parciales que se han ido realizando en distintas provincias, el partido oficial ha perdido el 75% de los votos: obtuvo 225 000 sufragios menos sobre un total de 367 000, en elecciones efectuadas en distintas provincias.

Muchos motivos ha tenido el pueblo para negar apoyo a un gobierno que en tan corto espacio de tiempo ha demostrado la posibilidad perfecta de traicionar todo un programa, unos principios y unas promesas comprometidas en un momento histórico de la vida nacional.

Argentina como toda América pugnaba por salvar los dos grandes obstáculos que se han venido oponiendo al desarrollo integral de nuestros pueblos: las fuerzas reaccionarias que representan las altas burguesías nacionales y la acción del capital imperialista que presiona y acciona sobre los países continentales.

El gobierno de la Unión Cívica Radical Intransigente, había convencido al país que para atacar esos dos peligros cumpliría su acción social y política: su bandera más fuertemente agitada fue en todo tiempo la de su acendrada pasión en defensa del patrimonio nacional y contra la injusticia social.

Es posible afirmar que nunca en tan poco tiempo se entregó mayor porción de soberanía nacional al capital imperialista y nunca tampoco se hizo con menor reparo una transferencia tan ostensible del poder a las fuerzas que aparecieron siempre como contrarias a sus principios.

Un último hecho ha perfeccionado esa total contradicción cumplida en estos dos años de gobierno: el peronismo y el comunismo, los dos grupos políticos que contribuyeron al triunfo del actual régimen en 1958, han sido puestos fuera de la ley para impedir su actuación en las elecciones de marzo de 1960, violando así normas jurídicas que se aseguró habían de ser celosamente respetadas. Esas dos agrupaciones propugnan para la elección del 27 de marzo el *voto en blanco*, pero afirmando que lo hacen para definir el repudio popular al gobierno sin que ello signifique una adhesión a la política del peronismo.

En la política confusa de Argentina una antinomia sí era advertida claramente desde comienzos del siglo: lo *radical* era lo contrario de lo *conservador* y los dos grandes partidos nacionales y opositores se definían con esos dos nombres. Hoy, cuando el partido *radical* retoma el poder a los 30 años de haberlo perdido por la acción de los partidos *conservadores*, llama a éstos para cumplir la función de gobierno y pone en marcha el plan político y económico que ellos le dictan. Es ésta la sorpresa mayor que pueda haberse

ofrecido al hombre del pueblo que creyó durante medio siglo que había una oposición precisa entre esos dos términos de la política nacional: se convence ahora que es una sola la línea política de la nación y que ella va por la *conservación* de las estructuras, los sistemas y los hombres que vienen gobernando a la república desde su organización.

Esta es la causa de la profunda amargura de ese pueblo, de su desaliento, de su protesta. Esta es la causa por la que esté hoy en un estado de convulsión, de rebelión constante, porque no puede aceptar la estafa enorme que a su destino han querido jugarle.

Consideramos que no puede afirmarse que los fracasos de la política argentina implican la necesidad de formular un juicio negativo sobre la acción de las fuerzas populares de aquel país. Hemos tratado de exponer el proceso político considerándolo definido y orientado por el proceso económico, por las relaciones de la producción y la distribución de la riqueza, mantenida dentro del grupo que desde los días iniciales de la República tienen en sus manos el control del poder. Hemos visto cómo éste ha pasado de unas manos a otras, de civiles a militares, de radicales a conservadores, pero siempre sin que se alterara el signo político del dominio nacional.

Frente a ello, el pueblo ha tenido siempre una actitud vigilante y honrada.

Por el camino de las luchas obreras de una parte; de la resistencia política, de otra, desde antes de 1890 pueden señalarse —como hemos tratado de hacerlo— las acciones populares contra la reacción y la injusticia.

El movimiento obrero de resistencia, aguerrido, pujante, no ha dejado transcurrir un solo momento de la vida argentina sin que quedara la huella de su rebelde protesta. Como hemos ido anotando, se opuso a todas las dictaduras, a todos los gobiernos fuertes, pugnó por sus reivindicaciones y sufrió cárcel, torturas, muertes, a manos de todos los gobiernos.

La opinión pública libre viene actuando desde 1890 en forma ininterrumpida frente a todas las alteraciones del régimen de derecho, frente a dictaduras y oligarquías. La masa popular ha sabido cumplir su papel histórico y si en algún caso se engañó —como cuando prestó su apoyo a los gobiernos radicales o a la dictadura peronista— fue porque se usaron métodos excesivamente perfeccionados que nublaron su inteligencia recién abierta a los problemas sociales de nuestro siglo.

Las juventudes obreras y estudiantiles han tenido un papel activo en la vida de la nación también desde el 90 y tanto en las luchas por problemas educacionales como en los sociales o políticos, actuaron con mayor ímpetu

desde 1918, época en la que adquirieron una mayor conciencia del papel que deberían cumplir en el desarrollo del país.

Una politización muy intensa de la ciudadanía acuerda vigor extraordinario a la vida civil. Es evidente que no existe una auténtica polarización de fuerzas orientadas por principios o doctrinas sociales o políticas. Es verdad que la gran cantidad de partidos que participarán en marzo próximo en las elecciones —alrededor de veinte— vuelve confuso el panorama y no permite una alineación racional de la opinión pública. De otra parte, la crisis del país trasciende a los partidos y en todos ellos hay escisiones provocadas por distintos principios o enfoques de la acción inmediata. Dos o tres partidos radicales, varios partidos conservadores agrupados en lo que se llama Federación de Partidos del Centro; los demócrata-cristianos divididos; varios grupos neo-peronistas que propugnan el “peronismo sin Perón”; dos partidos socialistas —el viejo tronco que sostiene una acción de inspiración marxista, como partido de la clase obrera y que congrega a grandes sectores juveniles, con la denominación de Socialista Argentino y el sector liberal-socialista, orientado a la derecha, denominado Socialista Democrático. El comunismo y el justicialismo, como lo hemos anotado, han sido puestos fuera de la ley, pero es posible que muy pronto deba rectificarse esa arbitraria resolución del Gobierno Federal que no ha sido apoyada en varias provincias por los representantes del Poder Judicial. La opinión independiente se orientará por razones circunstanciales a unos y otros grupos, pero es evidente que en el futuro inmediato los sectores políticos deberán obedecer a planteamientos de fondo que ofrezcan soluciones precisas a los problemas básicos del país.

Es indudable que las grandes masas populares buscarán alinearse en los partidos de izquierda que propugnen la transformación de las estructuras fundamentales y cambien el ritmo, la vida y el sentido del desarrollo del país. Para ello tendrán que agruparse superando las diferencias tácticas que hasta ahora los han enfrentado, disminuyendo su fuerza, en la lucha contra el enemigo común.

Los grupos poseedores, la gran burguesía nacional, la nueva oligarquía financiera, constituirán los partidos conservadores que seguramente terminarán por unirse con los grupos que hoy sostienen al gobierno nacional, mientras que sectores de las dos alas del radicalismo, depurados por esa polarización, podrán jugar como fuerza de equilibrio, aunque sosteniendo un programa nacional dentro de líneas que superen sus posiciones neutras o contradictorias, que hasta hoy no han servido más que para retrasar el proceso político y social del país.

Movimiento obrero, grupos juveniles, partidos políticos de izquierda, están hoy en estado de alerta, y más que eso, en estado de lucha. El momento argentino es de crisis, pero es posible que dentro de ese estado aparentemente caótico se esté gestando un futuro de transformación profunda que dará nueva fisonomía a esa política, de cuyo desarrollo hemos querido ofrecer aquí un examen objetivo que esperamos sirva para comprender un proceso confuso en la vida de un pueblo americano.